

DESPERTAR A LA RESURRECCIÓN

El misterio de la resurrección de los muertos es el núcleo del cristianismo. Más que un misterio (¿cómo un muerto puede retomar su vida con plena identidad consigo mismo?), más que un objeto de fe (creer que una vida nueva nos espera tras la muerte), más que una promesa cuyas arras nos han sido dadas (creer en la potencia del Espíritu Santo que obra en nosotros la semilla de la eternidad), la esperanza de la resurrección es el corazón de la fe cristiana en el doble sentido afectivo y orgánico de la palabra: lo que despierta en el hombre el deseo de ver a Dios, fuente y perpetuidad de la vida, y lo que enciende en nosotros el deseo de vivir más allá del presente y de nuestros recursos vitales.

S'éveiller à la Résurrection, Études 402 (2005) 771-781.

La resurrección no es una verdad de fe entre otras: es la esencia misma del cristianismo, lo que hay de específicamente cristiano en la Buena Nueva, el todo del evangelio, puesto que la resurrección de Jesús es el fundamento de la fe en Él, de su presencia a la derecha del Padre en su cualidad de Hijo, y porque sería ininteligible si no estuviese absolutamente ligada a la resurrección universal, que será el cumplimiento de la Justicia de Dios que Jesús debía anunciar, preparar e inaugurar, como Pablo testimonia ante sus acusadores: “Yo soy juzgado hoy por vosotros a causa de la resurrección de los muertos” (Hch 24,21).

La profundidad del misterio no está en esperar a otra vida para vivir de otra forma, en otro tiempo y en otro mundo, sino esperar que nos suceda lo mismo que le suce-

dió a Jesús: entrar en la intimidad con el Padre, vivir de la alegría de su amor. Resucitar es despertar al amor, a la vida que estaba en nosotros porque nos había sido donada por amor.

La vida nos precede

Decir que la resurrección de los muertos es la esencia del cristianismo no es reducir el evangelio al anuncio de otra vida después de la muerte. La inteligencia de este misterio no se puede aislar del conjunto del mensaje cristiano, que es la afirmación de que Jesús después de su muerte entró en la eternidad de Dios porque procedía de ella. En el siglo XIX algunos acusaron a Pablo de haber falsificado este mensaje: mientras que Jesús anunciaba el Reino de Dios y no a sí

mismo, Pablo habría centrado el evangelio en la persona de Jesús convirtiéndolo en la predicación de su divinidad. Los que así hablaban no comprendían que para Pablo la inauguración del Reino de Dios era la inauguración de la resurrección general en la de Jesús, pues Dios llama a todos los hombres a compartir el amor que Él mismo comparte con su Hijo desde toda la eternidad. Él nos ha transportado al Reino de su Hijo haciéndolo el Primogénito de toda criatura, el Primogénito de entre los muertos (Col 1, 13-18).

También en el s. XIX hubo quienes denunciaron que la fe en la resurrección era la gran ilusión que las religiones mantienen entre los hombres para consolarlos del miedo a la muerte y sus colarios. Y otros le reprochaban por consolar a los desgraciados con la perspectiva del cielo para que éstos no reclamasen justicia a los poderosos que acaparan los bienes de la tierra. Todas estas ideas sólo retienen de la religión el pensamiento del más allá y desconocen que la fe cristiana es una llamada a vivir intensamente la vida confiando filialmente en Dios.

A veces, algunos cristianos se sienten turbados en sus creencias al preguntarse cómo puede un cuerpo reducido a cenizas reconstruirse en su integridad: intentan comprender la resurrección a partir de la pérdida de la vida, en vez de mirar hacia su origen, que es don y que no es vida de la carne sin ser al mismo tiempo vida del

espíritu. Otras personas han encontrado un sucedáneo de la resurrección en la reencarnación, vieja creencia ya combatida por los escritores cristianos del siglo II y puesta de moda actualmente con un dudoso aroma de orientalismo y cientifismo. Nada demuestra que el abandono de la fe en la resurrección permita afrontar la muerte con más serenidad. Pero la superioridad del cristianismo no reside en su capacidad de consolar de la muerte ni de traspasar las tinieblas del futuro y de lo invisible, sino en su capacidad de dar sentido a la vida integrando en ella la omnipresente realidad de la muerte.

La resurrección entró en la historia con Jesús, es algo que le sucedió a Él pero que venía de más allá de Él, como una llamada a la Justicia de Dios. Su anuncio por los cristianos transformó la sociedad de los primeros siglos de nuestra era como un soplo de libertad. Apareció como una fuerza que atraviesa la historia y hace historia. Y esto no se demuestra, se cuenta. La fe no pretende explicarlo, es un misterio que da sentido a la aventura humana, apelando a la libertad de decir sí a la vida. Está vuelta hacia el futuro, hacia un más allá que será cumplimiento y no destrucción, pues tiene como misión salvar todo el universo reconciliado con su principio.

Una apelación a la Justicia

La creencia en la resurrección

estaba poco extendida en tiempos de Jesús, y Él mismo no la hizo objeto principal de su enseñanza, puesto que sus discípulos no comprendían lo que quería decir cuando anunciaba que Él resucitaría después de muerto (Mc 9, 32). Pero esta creencia no surgió de la nada. Estaba preparada por las amenazas de la cólera de Yahveh que los profetas dirigieron a los tiranos, los violentos, los opresores de los pequeños. Dios instauraría su Reino sobre la tierra, un reino de justicia y de paz que sería la revancha de los pobres oprimidos. Y los sabios meditaban, preguntándose por qué los justos que no habían desobedecido los preceptos de Dios (como Job), padecían males enormes, mientras que los malvados prosperaban. Estas quejas dirigidas a la Justicia de Dios reclamaban su intervención antes o después, y la espera de su Reino hacía nacer la esperanza en que los muertos, antes de que la Justicia les hubiera alcanzado, tendrían también en el reino su recompensa. Así se expresará, un siglo antes de la venida de Jesús, la fe en la resurrección de los mártires de Israel asesinados por su fidelidad a la Ley (2 M 7, 14). Esta fe no nace del deseo de una felicidad inmortal, ni del miedo a la muerte, sino de una apelación a la Justicia de Dios para que ponga fin a la injusticia de los hombres y procure reparación a las víctimas. Va ligada a la inteligibilidad de un Dios que hace alianza con los hombres.

Desde sus primeras palabras

Jesús recoge la apelación de los profetas y de los sabios a la justicia de Dios: felices los pobres y los mansos, felices los que lloran bajo los golpes de la injusticia, pues serán consolados en el Reino de los Cielos. Dios no es interpelado para vengarse de los malos, Jesús cuenta con la misericordia para desarmar la violencia. El acceso al Reino de Dios no está condicionado por unas obligaciones que cumplir, basta con vivir en paz unos con otros para devenir sus hijos. El Reino no es prometido como recompensa, sino como compensación gratuita: a quien renuncia a vengarse por las injurias padecidas o ayuda a los débiles, Dios le da su reino. Dios devuelve con un don desmesurado el don del amor que nosotros hacemos a los demás, como si lo hubiera recibido Él. En Jesús Dios realiza una nueva alianza con todos los hombres. Sin reclamar nada para Él, instituye un orden de relaciones tal que cada uno renuncia a dominar a los otros y acepta defender a los que sufren y sufrir por ellos. Ofrece su Reino como contrapartida de este nuevo orden. Sin que se pronuncie la palabra, la realidad de la resurrección está ahí. Quien observe este pacto verá a Dios con sus propios ojos (Mt 5, 3-10). La resurrección es la salvación de la historia, el pacto que convierte una historia desordenada de violencias y sufrimientos en historia de solidaridad y perdón.

La palabra resurrección tampoco aparece en las numerosas pará-

bolas de Jesús; sin embargo, la realidad de la misma está presente en todas ellas: es la invitación a estar despiertos, a cumplir con nuestra tarea de hombres, a estar listos para pasar a la mesa del banquete del Reino donde nos espera el Padre (Lc 12, 37). La resurrección acompaña a Jesús allí donde va, consolando y sanando todos los sufrimientos: sus curaciones llevan la promesa de un mundo regenerado por la gracia de la compasión y capaz de liberarse de la muerte si cada uno acepta llevar al sufrimiento del otro. Jesús prefiere compartir mesa con los pecadores que con los puros para significar que el Reino de Dios está abierto a todos, a condición de no dañar a nadie o de recompensar con sobreabundancia a aquel a quien se daña. La única excepción de la entrada en el Reino es la de aquellos que disimulan sus injusticias hacia el prójimo bajo el manto de la justicia debida a Dios. Cuando hablaba así Jesús sabía que no escaparía a las persecuciones que habían sufrido los profetas, pero no dudaba de que Dios estaba con Él. Tal como hizo al arrancarlo de la muerte para hacerlo renacer de su propia vida. Y porque Jesús asumió el sufrimiento de todos los vencidos de la historia, ésta fue asumida en su resurrección. Dios se revela en ella bajo el rostro de su humanidad como un Dios que sacrifica su potencia a la causa de los hombres. La resurrección entra en la historia, no con la visibilidad de un hecho empírico, sino como una fuerza que hace a los

hombres aptos para construir su propia historia.

Un soplo de libertad

Sin hacer ruido, la resurrección de Jesús se abrió paso en la vida de los hombres como el despertar del sueño que sacude la torpeza de la pereza. Los discípulos salen de la noche de la incredulidad en la que les había sumido la muerte de Jesús, recobran el uso de la palabra y se atreven a salir de su escondrijo para anunciar a las gentes que Jesús ha resucitado. Pablo se encuentra con Él en el camino de Damasco y, abrazando la causa que buscaba destruir, como alguien a quien la luz de un nuevo día arranca violentamente a las tinieblas de la noche, se libera de las tradiciones de sus padres y proclama que la promesa que se les había hecho acababa de cumplirse, pero en beneficio de toda la humanidad. Y aquí lo tenemos recorriendo las rutas de las naciones paganas, llevando a todas partes el mensaje inaudito, no como uno de esos hechos maravillosos que aceptaban los paganos con credulidad, sino como una realidad interior que ellos mismos podían experimentar, una experiencia beatificante aunque exigente: vosotros que estabais muertos, esclavos de vuestras pasiones, esclavizados al demonio (dice Pablo a los paganos convertidos), vosotros estáis ahora ya resucitados con Cristo por la fe en Él, sentados al lado

del Padre y vivificados por su vida (Ef 2, 1-8), si al menos estáis dispuestos a morir con Él al pecado (Rm 6, 5-11). El pecado es lo que esclaviza y divide, es el egoísmo que encadena el espíritu a las exigencias de la carne y engendra voluntad de dominio, exclusión, odio. Hacer la experiencia anticipada de la resurrección es vivir en la libertad del Espíritu, la unión fraterna (Ga 5, 13-25).

Despertada por la novedad de la vida cristiana, el sopro de la resurrección sacude la sociedad pagana en sus profundidades, sacude las murallas que encierran a los pueblos de acuerdo con sus características religiosas y sus proveniencias étnicas, las barreras erigidas por los prejuicios de casta entre ricos y pobres, hombres libres y esclavos. Destruye los fundamentos paganos de la vida social, cultural y política, las tradiciones y las ceremonias culturales ligadas a la administración de las ciudades y a todos los actos de la vida pública. Más aún, destruye el culto a los emperadores y a las divinidades romanas que cimentaban la unión de los pueblos reunidos por el imperio. Mientras el emperador Adriano, en el siglo II, instauraba el culto de la Roma eterna con la intención de fundar la perpetuidad del imperio sobre las leyes divinas que rigen el orden del universo y garantizan el retorno de los ciclos cósmicos, los cristianos anunciaban la llegada de los últimos tiempos, el juicio del Dios único y creador, la disloca-

ción del cosmos, la sumisión de todos los pueblos al Reino de Cristo y la destrucción de la gran Babilonia (Ap 14, 7-8). Roma se sentía amenazada por estas gentes, a quienes consideraba “ateos”, y se defendía de ellos persiguiéndolos. Pero los cristianos, liberados por su fe de la creencia en el determinismo de los astros y de las leyes cósmicas, se mostraban libres incluso ante la perspectiva de la muerte y seguían con su conquista pacífica del imperio. Despertada por el sopro de la resurrección, la libertad del individuo se afirmaba frente al mundo de las cosas, y la dignidad de la persona humana se afirmaba frente al totalitarismo de la razón de estado.

La idea de la inmortalidad no era ignorada por los griegos, pero estaba reservada al alma: la carne estaba excluida de ella y la cultura helenística de la época profesaba un gran desprecio por el cuerpo, que un emperador filósofo llamaba “saco de excrementos”. Las gnosis de origen oriental, que se habían infiltrado en esta cultura, extendían el desprecio del cuerpo a la materia constitutiva del universo, que imaginaban abocada a la destrucción por el fuego. Pero los cristianos, sabiendo que la salvación había llegado por la carne de Cristo, no tenían vergüenza en proclamar la resurrección de los cuerpos o de la carne. Afirmaban, a la vez, la unidad de la persona, que no es espíritu sin ser cuerpo y la del hombre y el cosmos, pues el cuerpo sólo existe en unión con el mun-

do, de manera que su resurrección es también promesa de una renovación del mundo en un cielo nuevo y una tierra nueva (Ap 21, 1).

Decir sí a la vida

Si la fe en la resurrección se manifiesta históricamente por esta aparición de la libertad, es porque expresa en verdad el dinamismo de la vida, que es en el hombre fuerza espiritual tanto como orgánica. La vida, que hizo su paso de la animalidad a la racionalidad, es una energía llena de inventiva que se asocia a la inteligencia y la libertad del hombre para liberarlo de los determinismos físicos y poner en sus manos la gestión de su propio destino, incluido el de su evolución biológica y su hábitat terrestre, como lo muestra el actual progreso de las ciencias. La fe en la resurrección ilumina los orígenes de la humanidad y se ilumina a la luz de los relatos bíblicos. La resurrección es la nueva creación (2 Co 5, 17), aparición de un hombre nuevo, aquel que Dios creó pero manifestado ahora en la verdad que Dios le dio al crearlo a su imagen y semejanza (Ef 4, 24; Col 3, 10), es decir, al crearlo capaz de llegar a la inmortalidad en la visión de Dios. Cuando Jesús sale vivo de la muerte, se revela que Dios ha creado al hombre para la vida y no para la muerte, para que el hombre goce eternamente de Dios y de su intimidad, porque Dios es fuente de vida, es amor en acto de comunicarse.

Porque ha sido creado para tal destino, el hombre no deja de salir del pasado para proyectarse al futuro. Toda la historia humana es paso, emergencia hacia el universo entero. La resurrección se inscribe en la prolongación de la historia porque ella ya es su fundamento: la resurrección es impulso dado a la vida por el Creador, fuerza ascensional dada a la historia por Cristo, germen de eternidad sembrado en el cuerpo por el Espíritu que habita en él. En este proceso de resurrección todo es don gratuito y, sin embargo, nada se hace sin el consentimiento de la libertad que es el sujeto de la historia. Resucitar es entrar en la casa del Padre en calidad de hijo. Cristo abre la puerta, pero sólo se puede entrar si se reconoce a Dios como Padre.

Reconocer a Dios como Padre es expresarle nuestro agradecimiento por la vida que nos da, recibirla con gratitud como un don maravilloso, es decir sí a la vida y dejarse llevar por ella hasta donde nos conduzca. El misterio de la resurrección no nos habla de otra vida distinta de la que debemos llevar ya ahora, nos devuelve al enigma de esta vida, desvelando sus profundidades. Nuestra vida no tiene en nosotros su comienzo y su fin, pues ya existía antes de nosotros y nos sobrevivirá. No es realidad solitaria, posesión exclusiva, es compartir, comulgar con la vida del universo y con la de los demás hombres. No es un dato, es una tarea. Consentir a la vida co-

mo un don recibido es aceptar compartirla con otros, comunicarla, entrar en el universo de la vida, aceptar perderse en él, salir de sí para ir a los demás, vivir intensamente, ir hasta el final de nuestros recursos, entrar en la red de infinitas ramificaciones que hacen del universo y de sus habitantes un vivo múltiple e inmenso. Abandonarse en gratuidad a la vida es enriquecerse despojándose, dejarse aspirar para ser elevado a las alturas. Esto es renacer de lo alto, renacer del Espíritu, aproximarse al Reino de los Cielos (Jn 3, 3-7).

Así podemos ya ahora resucitar, como dice san Pablo, ser arrasados por la fuerza que la resurrección de Jesús manifiesta en la historia, recogiendo en ella, para vivificarlo, todo lo que abandonamos y damos de nuestra vida. Día tras día construimos nuestro cuerpo resucitado en el cuerpo total de Cristo, si velamos y nos comportamos como miembros de un mismo cuerpo (1 Co 12). Pues nuestro cuerpo no puede vivir más que en un mundo humano ligado a este universo, ni tener otra identidad que la que tiene por su peculiar historia. Cada uno construye en el tiempo el cuerpo de su resurrección, cuerpo espiritual, relacional, del que nuestra libertad extrae las energías espirituales para todas sus actividades gratuitas, intelectuales, caritativas, afectivas, relacionales de nuestra existencia cotidiana. Cuanto más desgastamos nuestra vida en ayudar a otras personas a vivir, a edificar una socie-

dad más justa, una humanidad más fraterna, más vivimos el amor a los demás y nuestro cuerpo se conforma más a imagen y semejanza de Aquél que lo creó.

El universo reconciliado

La idea corriente de la resurrección es individualista, porque está ligada a la perspectiva de la retribución de los buenos y los malos. Por la misma razón, se desdobra en la visión dualista de felicidad y desgracia, de luz y tinieblas. Pero una visión global y unificada, la del triunfo del amor y de la vida, se ofrece al espíritu cuando la resurrección de los muertos es vista en el interior de la de Cristo, y ésta en el interior de la creación, de la que es plena realización. Dios encerró todas las cosas en el cuerpo de Cristo extendido a la iglesia, ella misma extendida a la plenitud de Aquel que lo llena todo en todo (Ef 1, 23), reconciliando todas las cosas en Él, instaurando la paz sobre la tierra y en los cielos (Col 1, 20). Cuando la muerte ya vencida por Cristo sea definitivamente extirpada con su cortejo de violencia, Dios será todo en todos (1 Co 15, 28). Dios Trinidad extenderá su existencia relacional a toda criatura al mismo tiempo que a todo el universo, reconciliado al fin consigo mismo.

He aquí por qué nuestra resurrección, comenzada en el tiempo de nuestra vida, no se acabará hasta el fin de los tiempos, cuando el

tiempo, liberado de la muerte, explotará en la libertad de un universo totalmente humanizado. He aquí por qué la muerte no es absolutamente el fin de la presencia de un ser en el universo, sino el retorno de su existencia a lo invisible del mundo visible. Quien haya vivido en la unión del amor con los otros y muera en paz con el universo, habiendo extirpado de sí toda violencia, éste se reencontrará con la plenitud del cuerpo de Cristo, que tiene vocación de extenderse a la totalidad de los hombres y del universo. Será asociado al combate por la vida que realiza Cristo entre su primera victoria sobre la muerte y la definitiva, asociado a la obra creadora que Dios lleva a cabo en el curso del universo y del tiempo, pues “mi Padre trabaja siempre” (Jn 5, 17). Así se realizará bajo la forma de servicio el señorío de Cristo sobre el universo.

La resurrección en su dimensión de futuro es la invisible cooperación entre muertos y vivos que el símbolo de la fe llama comunión de los santos: los muertos,

ya entrados en la vida de Dios, guían a los vivos de la tierra por los caminos de la vida y recíprocamente, los que hayan vivido con demasiado poco amor para poder vivir en el cielo la vida de Dios serán ayudados por sus hermanos del cielo a reconquistar la plenitud de su humanidad. Así se cumplirá la justicia a la que aspiran los hombres desde el origen: cada uno devolverá a los demás en bien lo que haya recibido de ellos, y recibirá a su vez lo que él les haya dado. La persona humana, que es relación al otro, alcanzará su perfección en la plenitud de sus intercambios con todos los demás, porque cada una de las personas participará de la presencia del Dios Trinidad en todas las cosas. Tal es la felicidad de la visión de Dios prometida a los corazones puros.

La pura contingencia histórica de la venida de Cristo al mundo y de su muerte salva a las frágiles libertades humanas de su absorción en el todo del universo y confiere a todo acto de pura gratuidad la potencia de salvar el todo: ahí está el sentido de la resurrección.

Tradujo y condensó: MARÍA JOSÉ DE TORRES